

cesidad de una organización societaria fuerte a nivel nacional para hacer frente a la burguesía y al reformismo sindical. Así el Ateneo Sindicalista barcelonés diría en su comunicación: «Es necesario organizarnos seriamente, lo más numéricamente posible, y no dudamos que el Congreso consagrará a esta necesidad todas sus preferencias arbitrando aquellos medios que crea adecuados».

Entre las ponencias presentadas al Congreso, la más polémica pedía la conversión de Solidaridad Obrera en una Confederación Nacional, al margen de la Unión General, sobre la base de los principios del sindicalismo revolucionario. El dictamen presentado por la ponencia proponía: «Que se constituya una Confederación General del Trabajo Española, integrándola temporalmente todas aquellas sociedades no adheridas a la U. G. T. en la condición de que una vez constituida la C. G. del Trabajo Española, se procure llegar a un acuerdo entre las dos Federaciones, a fin de unir toda la clase obrera en una sola organización». En las discusiones en torno a este dictamen se delimitaron claramente las dos posiciones contrapuestas presentes en el Congreso. Por un lado la postura de la minoría estaba representada por los socialistas integrados en la Unión General, cuyas tesis contrarias a la fundación de la Confederación se basaban en tres argumentos: la división del proletariado español; el cambio de táctica de la UGT, si ingresara en ella la Federación Catalana, y la insistencia en que Solidaridad Obrera continuara siendo una Confederación Regional. Frente a ellos, la mayoría, favorable a la fundación de una Confederación Nacional, defendió la necesidad de oponerse a la táctica reformista seguida hasta el momento por la Unión General de Trabajadores, que «no satisface las aspiraciones del proletariado consciente», creando una fuerte organización nacional alternativa. La mayoría añadía que la iniciativa de convertir a Solidaridad Obrera en una Confederación española no había partido de la propia Federación Catalana, sino de otras muchas entidades, que «manifiestan su simpatía por los medios de lucha directa». Y finalmente, que la creación de una Confederación Nacional no significaba a medio plazo la oposición a la Unión General, dada la decisión de apoyar a ésta en todas

Congreso de constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)

Problema de JOSÉ PEIRAFS

Notas de interpretación histórica y relación bibliográfica sobre el anarco-sindicalismo en España

a cargo de FRANCESC BONAMUSA



Cuadernos ANAGRAMA

sus luchas reivindicativas. Terminados los debates, el dictamen se aprobó por una amplia mayoría de 84 votos a favor, frente a 14 en contra y 3 abstenciones. En opinión de Bonamusa, mientras estaba claro que los 14 votos en contra procedían en su totalidad de los socialistas asistentes al Congreso, los 84 partidarios de la creación de la Confederación no provenían en su totalidad de sindicalistas revolucionarios, sino más bien «de la convergencia del sindicalismo tradicional con los nuevos criterios del sindicalismo revolucionario».

Otra de las ponencias presentadas al Congreso, que conviene destacar dada su importancia posterior en la táctica de las dos ramas del movimiento obrero español, estaba dedicada a la definición de la huelga general revolucionaria. El dictamen presentado por la ponencia afirmaba entre otras cosas: «Es este un problema arduo, pavoroso y de actualidad. La ponencia que suscribe (...) ha de declarar francamente, brutalmente, aunque la frase sea dura, que la huelga general ha de ser esencialmente revolucionaria (...)». Entre las principales razones esgrimidas en la defensa del dictamen se encontraba la imposibilidad de mantener una huelga pacífica frente a la tendencia de los explotadores a utilizar la violencia en este tipo de conflictos. De todas formas, no era —según el citado dictamen, que fue aprobado por aclamación— un medio para al-

canzar *simples mejoras económicas* o sociales, sino un instrumento para «lograr una transformación total en el modo de producir y distribuir los productos».

Finalizadas las sesiones del Congreso, quedó constituida la Confederación General de Trabajadores, cuya importancia para el catalán, se manifestaría a lo largo de los años siguientes. Las nuevas tácticas de lucha empleadas por los sindicalistas revolucionarios atrajeron a su lado a una gran parte del proletariado español descontento de la actuación llevada a cabo por la sindical socialista. Por ello, la pugna entre ambas organizaciones para conseguir la hegemonía en el movimiento obrero no cesó hasta el fin de la guerra civil. En opinión de Bonamusa: «Asistimos, pues, con la fundación de la CNT a un momento importante en el proceso de reorganización del movimiento obrero catalán y al inicio de una época en que el sindicalismo revolucionario, mucho más partidario de la lucha de masas, mucho más carca de la clase obrera que el anarcocomunismo, obtendrá una fuerza superior a cualquier fuerza política obrera organizada». Cabe preguntarse si la división del proletariado español se hubiera llevado a cabo, si los socialistas hubieran sido capaces de articular una verdadera estrategia revolucionaria de acuerdo con las necesidades obreras del momento.

■ MARIA RUIPEREZ

LAS LUCHAS OBRERAS EN EL PAIS VALENCIANO

Que la clase obrera del País Valenciano, al igual que la del resto del Estado Español, no ha llegado a la madurez combativa que hoy demuestra por un camino corto y fácil, es un hecho tantas veces ignorado como evidente. Reconstruir y valorar ese largo camino recorrido por la clase obrera, desde la guerra civil hasta nuestros días, ha sido la tarea que ha llevado a cabo **Jesús Sanz** en «**El Movimiento Obrero en el País Valenciano (1936-1976)**» (1).

(1) *Jesús Sanz: «El Movimiento Obrero en el País Valenciano (1936-1976)». Colección Interdisciplinar 2. Fernando Torres, Editor. Valencia, 1976.*

Se trata de un documento que pretende sacar a la luz las luchas obreras más importantes habidas en el País Valenciano durante el último período histórico, teniendo en cuenta, por un lado, la peculiar estructura socio-económica del mismo, y, por otro, su vinculación con la evolución general del movimiento obrero del resto del Estado Español. Hay que señalar, sin embargo, que son las sucesivas acciones que el movimiento de Comisiones Obreras —decidido actualmente por su formalización como sindicato— ha realizado desde su creación en favor de la recuperación de los derechos de la clase obrera, las que configuran el eje central a partir del cual se desarrollan los planteamientos de esta historia del movimiento obrero.

El libro se apoya en los hechos narrados por los protagonistas de estas luchas, los propios trabajadores que han aportado la experiencia extraída de su acción en los diferentes centros de trabajo. En este sentido, aunque el libro tiene un autor, es en cierto modo fruto de una tarea colectiva de cuantos trabajadores han participado en los hechos narrados. Varias generaciones de hombres que vienen a sintetizar en sus experiencias las de miles de trabajadores, desde la posguerra hasta el auge de los últimos años, con la irrupción en la conflictividad socio-laboral y en la acción sindical de masas de trabajadores que apuntan por la «ruptura democrática» como paso previo para posteriores transformaciones sociales en profundidad.

Jesús Sanz estructura el movimiento obrero en cinco apartados, que van desde la situación de posguerra (1939-1960), el surgimiento del «nuevo movimiento obrero» (1960-1968) y la crisis y reorganización (1968-1974), hasta la extensión de la lucha (1974-1975) y el protagonismo del movimiento obrero en el combate por un sindicato de clase y por las libertades en 1976.

El movimiento obrero pasó hasta finales de los años cincuenta por unas condiciones difíciles, donde lo importante era garantizar la continuidad de las relaciones entre los miembros más combativos y mantener la esperanza de que en un futuro se pudiese relanzar la lucha. El País Valenciano, con una economía maltrecha por la continua evasión de capitales hacia Madrid, fundamentada en la exportación de cítricos y con una industria

de tipo predominantemente artesanal —que dificulta las concentraciones obreras—, inicia en este período las primeras acciones en las fábricas (la huelga de la Papelera, en la primavera del 51, fue la primera registrada en el país después de la guerra civil).

Son las grandes y escasas fábricas, secundadas posteriormente por algunos centros industriales, las que en el País Valenciano van a marcar característicamente la pauta en las luchas obreras hasta bien entrada la década de los años setenta.

Volviendo a la década de los cincuenta, encontramos en esos años un cambio de táctica en el movimiento obrero, al optar éste por presentar a sus hombres más combativos a las elecciones sindicales, abandonando, consiguientemente, la confianza en la organización a partir exclusivamente de los sindicatos ilegales. Este cambio de táctica viene determinado por la irrupción, en el seno del movimiento obrero, de dos fuerzas tradicionalmente antagónicas: el Partido Comunista y la Iglesia. El Partido Comunista empieza a elaborar su política de reconciliación nacional, que se traduce en el campo sindical en la necesidad de la participación obrera en los cargos del sindicato vertical como forma de ligarse a las masas. La Iglesia, por su parte, irrumpe como una corriente ideológica. En Valencia, el arzobispo Olaechea creó las Hermandades Obreras, que si bien no fueron más allá de un obrerismo paternalista, posibilitaron el surgimiento de obreros católicos (J. O. C. y H. O. A. C.) que luego se integrarían en organizaciones surgidas posteriormente.

El Plan de Estabilización (1959) abre un nuevo período. Es la década en que se estructura la derecha democrática, la Iglesia «contestataria» y el movimiento estudiantil. Es también el comienzo de la «racionalización capitalista de la producción», de los «expedientes de crisis», de la emigración a los países de la Comunidad Europea, del turismo y de los planes de desarrollo.

En el País Valenciano, el cambio de modelo económico favorable a la industrialización de las comarcas del litoral, trae como consecuencia la concentración de la población industrial en los núcleos urbanos y un incremento numérico de la clase obrera, favorecido paralelamente por la pérdida de rentabilidad del campo y

el éxodo rural. El movimiento obrero va a superar en estos años la etapa en que dentro de él se encontraban trabajando las más diversas ideologías. Así, el 12 de diciembre de 1966 tiene lugar la reunión «fundacional» de las Comisiones Obreras. Los hombres de la Unión Sindical Obrera, que actuaron en el País Valenciano desde 1965, militaron en Comisiones hasta 1968, año en que se independizaron. Postura similar adoptaron algunos dirigentes de J. O. C. y H. O. A. C., relacionada por entonces con S. T. V. (Solidaridad de Trabajadores Vascos). La F. S. T., sindicato embrionario de la época ligado a la C. I. S. C. (Confederación Internacional Sindicatos Cristianos), acabó disolviéndose en 1967.

«Hasta principios de los años 70 —escribe Jesús Sanz— el movimiento del País Valenciano atraviesa una crisis caracterizada por un excesivo vanguardismo (aislamiento de los planteamientos de las masas, radicalización de posturas difícilmente secundables por los demás...) y por la búsqueda de fórmulas que rompiesen el estrecho marco a que aquel se encontraba sometido. Importante papel en esta crisis desempeñaron las continuas implantaciones de «estados de excepción» (1969, 70, 71) y la reimplantación del «Decreto de Bandidaje y Terrorismo» (1969).»

A comienzos del 70, la planificación de grandes inversiones industriales



para el País Valenciano unido a la reestructuración organizativa y la penetración en las estructuras de Sindicatos, posibilitaron que el movimiento obrero volviera a situarse a la cabeza de los cambios socio-políticos, tras unos años de crisis en que el protagonismo lo llevó a cabo el movimiento estudiantil.

Las elecciones sindicales del 71 dividen el movimiento obrero: algunos sectores desconfían ya de la operatividad y eficacia que pudiese tener la utilización en la lucha de los medios legales. Pese a todo —afirma Jesús Sanz— la «penetración» en Sindicatos fue muy superior a la que había tenido lugar en el 66 permitiendo, consecuentemente, movilizaciones obreras desconocidas hasta entonces en el País Valenciano. Los núcleos fundamentales que mantuvieron la lucha en esta fase fueron, una vez más, las grandes empresas.

A partir de 1974 se observa un cambio que consiste, sobre todo, en un importante incremento de las empresas que entran en conflicto, en una mayor coordinación y en una impregnación ciudadana de que el conflicto obrero, la huelga, no es algo rechazable. En el País Valenciano va a romperse con una idea arrastrada desde hacía tiempo: que no podía cuajar un potente movimiento obrero a causa de una pequeña y mediana industria, que no permitiría una eficaz organización.

El minifundismo empresarial, que había empezado a romperse a finales de los años 60, continúa perdiendo peso económico en favor de las multinacionales implantadas en esos años. Es precisamente la introducción de esas grandes empresas uno de los fenómenos «objetivos» que permiten que la lucha se incremente notablemente. Las concentraciones de trabajadores en la IV Planta Siderúrgica Integral, en la Autopista del Mediterráneo, en la Ford..., no hacen sino ayudar a la organización de la clase obrera. Pero, además, junto a esas grandes empresas se amplía y se concentra en el País Valenciano una industria ligera de pequeñas y medianas empresas, que viene a sumarse a las que ya se habían configurado en la década de los 60.

Sintetizando la trayectoria del movimiento obrero en los años 1974 y 1975, Jesús Sanz relata los modelos de conflictos típicos de este período, trazando así el esquema de la con-

flictividad laboral en dos años tan complejos como decisivos en la evolución del movimiento obrero. De esta forma, están presentes los modelos de conflicto de las grandes empresas en centros industriales, de las grandes empresas aisladas, del sector de la pequeña y mediana empresa, de conflicto generalizado en una población laboral, la incorporación de la mujer a la lucha y la de los profesionales. La IV Planta y la Ford son los ejemplos que ilustran lo que el autor denomina «conflictos sociales de crecimiento»; es decir, un crecimiento económico-industrial que provoca unos costos sociales en las poblaciones trabajadoras que, más que «beneficiarse», «sufren» fatalmente la rentabilidad económica obtenida por los planificadores del crecimiento.

Tras las elecciones sindicales del 75, en que las candidaturas obreras y democráticas (C. U. D.) se afianzan en la estructura de Sindicatos, termina un año en que el debilitamiento del poder político de las instituciones del Régimen, tras la muerte del general Franco, se acelera. Consecuentemente, la oposición democrática se fortalece, impulsada primordialmente por el movimiento obrero. La burguesía valenciana, que desde 1974 había empezado a incorporarse al proceso de lucha por la democracia, consolida sus organizaciones y partidos, posibilitando así que un amplio espectro de fuerzas políticas, sindicales y sociales reflejen la realidad del País Valenciano.

Las reivindicaciones laborales de 1976 se inscriben, en el plano económico, dentro de una recesión económica alarmante, y, en el plano social, dentro de una creciente demanda de las libertades públicas. Las acciones obreras se van a caracterizar por la masividad participativa de los trabajadores, la profundización a todos los niveles, la extensión a prácticamente la totalidad de los sectores laborales importantes, un incremento de la politización de los conflictos y el carácter de ruptura que las movilizaciones van a plantear frente a la organización sindical.

Las huelgas de la construcción y del metal, que junto con la banca son los tres sectores de mayor conflictividad en el período enero-mayo, marcan los hitos en la trayectoria del movimiento en el País Valenciano. Pero no fueron las únicas; prácticamente todos los sectores participaron en

las huelgas, favorecidas por la negociación de múltiples convenios colectivos o la revisión de los mismos. El libro, que finaliza con este creciente protagonismo del movimiento obrero, viene complementado con la entrevista a un buen número de dirigentes obreros del País Valenciano, y con unos cuadros relativos a la conflictividad laboral habida en el país durante el período 1974-1975, que ha elaborado el propio autor y que suponen una labor clasificatoria importante.

Así pues, «El Movimiento Obrero en el País Valenciano» debe ser valorado como un testimonio de los sucesivos intentos que dicho movimiento ha llevado a cabo por recuperar el peso específico que le corresponde en la sociedad, y, más concretamente, en la valenciana. Un movimiento que, aglutinado por la petición de descongelación salarial, amnistía y sindicato obrero, arrastró en los primeros meses de 1976 a 225.000 obreros del País Valenciano a exigir sus legítimos derechos económicos, sociales y políticos. ■

ANA SENENT

MOROTE, PROTOTIPO REPUBLICANO

Si el título de esta obra (1) pudiera inducir a creer que estamos ante una biografía realizada al estilo clásico de tal género histórico, el examen de su contenido pronto nos demostraría lo contrario. El análisis de **la trayectoria de Luis Morote** se realiza aquí desde dos coordenadas íntimamente relacionadas: el estudio de los acontecimientos coetáneos a través del individuo, y el encuadramiento de su vida en el propio contexto histórico que la explica. **Juan Sisinio Pérez Garzón** utiliza a Morote como paradigma de la acción y la ideología de un grupo social, la pequeña burguesía, en una época histórica determinada: la Restauración.

Apunta el libro muchas más ideas de las que resume el título. Siguiendo un esquema metodológico sencillo en cuanto a concepción, más com-

(1) *Juan Sisinio Pérez Garzón: Luis Morote. La problemática de un republicano (1862-1913). Editorial Castalia. Madrid, 1976. 158 pp.*